

Entonces, me besó

Monica Thomas

Gei

ENTONCES,
ME BESÓ.



Capítulo 1

Alejo

Estoy sentado con la nariz a pocos centímetros del monitor. Escucho una voz que me habla detrás y asiento. Debe ser Emanuel, mi compañero de departamento.

Me dice algo más, y vuelvo a asentir. Y así por buen rato.

A ver, los dos sabemos que no lo estoy escuchando y los dos sabemos que esto cuenta como hacer trampa.

Emanuel aprovecha mis momentos de concentración para comentar las cosas a las que quiere que le diga que sí sin chistar. No sé muy bien en qué me estoy metiendo, pero no puedo evitarlo.

Vuelvo a acercar mi vista tanto que creo que me voy a poner bizco y acomodo la línea un par de píxeles más antes de cambiar el zoom y ver cómo quedó.

Casi bien.

Cuando me giro, Emanuel ya no está.

Le mando un WhatsApp:

Yo: Q me decías antes?

Ema: jo de te

Miro el grupo de amigos a ver qué me perdí en las... tres horas que estuve con este diseño. Martina se peleó con el novio, el novio la está acosando, se vienen a quedar a casa hasta cualquier hora.

Bien, ese es un buen resumen.

Martina es la compañera de departamento de Lorena, la ex de Emanuel. Terminaron como amigos, y si no creen que eso sea posible, esperen y vean.

No es que lo de Ema con Lore se pueda considerar un noviazgo ni nada; se vieron un par de veces. Ambos no tienen ningún prejuicio con el sexo,

fue todo muy natural entre ellos, al igual que la ruptura.

Entre nos, creo que a Ema le va Martina. Pero Martina tiene novio, un novio que es casi un secreto de estado, desde los catorce años; nadie, jamás, lo ha visto. Aunque desde que la conozco, que es más o menos unos seis meses, están dejándose.

Renderizo mi trabajo que, a pesar de mi potente Alienware tarda lo suyo, y me aseguro de que el archivo quede bien guardado.

Creo que me voy a sacar buena nota.

Estudio diseño digital, aunque hago varios trabajos en el área de diseño gráfico de manera free lance.

Aprendí a usar Photoshop, Illustrator y Blender con tutoriales online. Siempre quise diseñar, en especial, juegos. Sí, lo sé, diseñar juegos con mega gráficos es el astronauta del siglo XXI, pero me tengo fe. Soy bueno, tengo «algo». Mis dibujos hechos a mano fueron halagados más de mil veces, y algunos no me creen siquiera que sean a pulso.

«Eso está hecho por pc» dicen.

Por desgracia, no. No logro por nada en el mundo que esos dibujos que me salen a mano se vean igual en la compu. Y por eso es que estudio.

Además de diseño, hago cursos de programación y animación; pero aún tengo un largo camino entre el papel y la era digital.

Suena el timbre y atiendo con un:

—Bajo.

El portero está roto. Arriba no escuchamos quién es; no nos queda otra que simular que sabemos y bajar de una.

—¿Qué hacés, boludo? —me dice Gastón, mi ex.

¿Qué les dije? Existe la amistad después del noviazgo. Sólo que con Gastón sí fuimos novios, porque... bueno, prefiero no hablar de eso ahora.

—No sabía que venías —le digo mientras lo hago pasar con su nueva pareja, a quien saludo con un asentimiento de cabeza.

El novio de Gastón se llama Juan algo, pero él se presenta como Johnny y no le va mal. ¿Se acuerdan de ese dibujo de Johnny Bravo? Bueno, es

igual.

Mientras se mira en el espejo y acomoda una remera que compró dos talles más chicos, me centro en Gastón.

—Me avisó Ema que Martina está hecha mierda —dice.

—Ojalá el pelotudo ese se presente por acá, así lo podemos cagar bien a trompadas. ¿Cuántas veces la hizo llorar este mes?

Pasamos a mi departamento, y Gastón pone las bebidas que trajo en la heladera. Luego se ponen a trazar con Johnny en mi cocina; sólo cortan cuando el nabo quiere hacerse una selfie.

Si quieren saber qué pasa esta noche, entren a su cuenta de Instagram y van a ver el minuto a minuto. Si lo pasan rápido, es casi una película con subtítulos en hashtags.

¿Se preguntarán si siempre soy así de bruja? La respuesta es no; pero creo que cuatro meses sin sexo es mi tope.

El timbre suena otra vez, bajo, y un grupo de chicas, de las cuales sólo conozco a Martina y Lorena, pasan como un tornado, hablando a los gritos. Las botellas de vidrio hacen ruido y una grita:

—¡Cuidado que ahí puse el Campari!

—No, boluda, el Campari está en mi mochila, acá está el fernet.

—¿Trajiste coca?

—Sí, una de dos litros.

—Nos vamos a quedar cortas...

Ok. Plan de la noche: mamarse hasta el coma. Me acerco a Martina y le paso un brazo por los hombros mientras hace un intento por no llorar. Cuando creo que no lo va a conseguir, se escucha un grito atrás mío.

—Esperen —dice Ema. Viene pisándonos los talones y haciendo malabares con botellas de cerveza. Veo lo que me parece una media sonrisa en labios de Martina y niego con la cabeza.

—Dejame que te ayudo —dice ella con esa voz súper dulce que tiene. Es de esas chicas que hablan bajito, como si siempre tuviesen vergüenza. Yo, que vivo en las nubes, le tengo que hacer repetir todo mil veces. En

cambio, Ema... él puede escucharla hasta cuando no habla.

—Puedo solo, no hay drama —contesta en un intento de hacerse el macho de América.

Antes que el equivalente al PBI nacional en cerveza se desperdicie en el palier, lo ayudo.

Un grupo de chicas ya subieron en uno de los ascensores —no se puede llamar a los dos a la vez—, así que esperamos. Como Ema y Martina mantienen una conversación en ese volumen tan propio, me giro hacia Lore.

—¿Con quién hablás?

Lore, como el Yin y el Yang, contrarresta a su amiga y en lugar de murmurar, grita.

—Con un compañero.

—¿De cuál de todas las carreras?

Lorena se ríe. Ella misma hace chistes sobre sus problemas vocacionales. Ema la conoció este año en Ciencias de la Educación, pero el año pasado estudiaba ingeniería en la UNR, y ahora está segura que su futuro está en música.

—En industrial —dice en referencia a Ingeniería Industrial —, está súper bueno, así que sigo en contacto. Le tiré onda un par de veces, pero cero. Ahora está medio saliendo con otra flaca, pero me parece que la dejó... ¡Ah! Por cierto, es de Pergamino, como vos. Capaz lo conocés, es de mi edad.

El ascensor llega, y subimos con tantas botellas que temo que se caiga y nos tengan que ir a rescatar.

—¿Cómo se llama? ¿A qué escuela fue? —pregunto sin mucho interés. Lorena es de un pueblo de Santa Fe, cerca de Venado Tuerto, con algo así como dos mil habitantes, por lo que está acostumbrada a que todos se conozcan. Los rosarinos, en cambio, se piensan que mi ciudad es un pueblo, así que también esperan que nos conozcamos todos. Por eso no le doy mucha bola al «es de Pergamino, como vos».

—Damián Laurenti, fue al Industrial...

—Damien —le corrijo con la voz ronca. Creo que se me atoró algo en la garganta. ¡Ah, sí! Ya sé. Se me atoraron tres años de enamoramiento y

desesperanza.

Toso.

—¿Lo conocés?

—¿Por qué no le decís que se venga? Al parecer va a caer mucha gente

—digo y señalo las botellas.

Es ley, cuatro meses de abstinencia es mi límite a la estupidez.

Capítulo 2

Damien

—¿Te jode si me acuesto? —dice Milena y, sin esperar respuesta, se tira en mi cama.

Como vivo en un monoambiente, mi cama está contra la pared y hace las veces de sillón cuando no estoy durmiendo. Yo le digo que no, pero no me uno. No tengo ganas. A decir verdad, lo único que quiero es que se vaya.

No sé muy bien por qué accedí a que viniera a estudiar a casa. Prefiero mil veces la posibilidad de huir que me da ir a la casa de ella. En cambio, ahora, si le digo algo, quedo como un maleducado.

—Es medio tarde... —intento.

—Uf, sí. Mal. Se me pasó volando y creo que no me quedó nada para el parcial.

Me río. Yo sí pude estudiar, porque, a diferencia de ella que se la pasó tirando indirectas, leí toda la jodida tarde.

No quiero tener sexo con ella. Milena no es el problema; es linda y simpática y no parece buscar que nos pongamos serios ni nada. El problema es que yo no quiero.

Desde mi viaje a Bariloche, hace casi tres años, que estoy así. Se supone que el sexo es para pasarla bien, pero para mí es un compromiso, algo que hago para que no me tachen de «puto».

Estoy por hacerme el cansado cuando mi celu suena.

Lore: Previa en lo de un amigo... te sumás?

Salvado.

—Che, Mile, ¿no te jode? me tengo que ir. Me re colgué... había quedado con unos amigos y nada. Se me pasó la tarde. —Le regalo una sonrisa que es toda una mentira. Ella decide creérsela, mejor para todos.

—Sí, sorry. Yo también cuelgo mal cuando estoy con vos.

Yo: *Dire...*

Lore: *San Juan al 3000. Hacé sonar cuando llegues y bajo.*

Yo: *ok.*

—Voy en la K ¿vos?

—Dale, vamos juntos —me dice.

Hace el intento de besarme en el ascensor, pero no me siento con ganas ni de eso. Tampoco tengo ganas de estar en una fiesta rodeado de extraños. No es que tenga la mejor onda con Lore tampoco, al fin de cuentas, también se me tiró; pero es más fácil zafarla. Voy, paso el rato y me pego la vuelta.

Yo: hay que llevar algo?

Lore: Abajo hay un market si querés bebida.

Me bajo, paso por el kiosco, compro una cerveza no retornable y le aviso que llegué.

—¿Qué hacés? —me dice y me abraza al mejor estilo Lore—. Pensé que no te ibas a prender.

—Estaba aburrido.

—¿Mucho estudio?

—Bastante, estamos en parciales. Creo que regularizo todas, pero promocionar...

—¿Promocionar? ¿Promocionar? no me suena la palabra, ¿estás seguro que la RAE la acepta?

Me largo a reír.

Llegamos al piso, está lleno de gente. Mejor, así me puedo perder un poco y no tengo que estar pegado a ella toda la noche.

—Che, Alejo, acá vino tu vecino —grita Lore, y siento un par de miradas en mí. A mi pesar, me pongo colorado—. Alejo te conoce de Pergamino. ¿Vos sabés que siempre pensé que te llamabas Damián?

—Error común. No sé muy bien de qué se la quisieron dar mis viejos

cuando me pusieron Damien. Es como Braian, así, con «ai».

Lore larga una carcajada. Mi chiste no es tan bueno, supongo que ya debe estar algo tomada.

—O las Cinthyas, que no sabés dónde poner tantas letras juntas.

Cuando el tal Alejo se acerca, lo reconozco enseguida. Me pongo algo incómodo al saludarlo. Intento disimularlo y es peor, él se da cuenta. Me da la impresión que hace un encogimiento de hombros y empiezo a sentirme fatal.

Es que sé que él es gay, y él sabe que yo sé, y no sé si los demás saben, o...

Interrumpo mi diatriba mental.

—¿Este es tu depto? Traje una cerveza —digo de manera apresurada.

—Hola —contesta, y me siento un imbécil. No le dije «hola». Por suerte, Lorena estaba hablando con alguien más y no vio ni escuchó cómo quedé como un pelotudo frente a su amigo.

—Hola —me rectifico y sonrío.

Me devuelve la sonrisa y siento que me acaban de tocar con un cable pelado. Ok, eso fue raro.

—Vení —me dice, y yo no me muevo—, la cocina —aclara con un ademán de cabeza. Parpadeo antes de reaccionar.

—Ah, sí. Perdón.

¿Me parece a mí o se acaba de reír a mis espaldas?

—No voy a decir nada de que no te hayas presentado, sólo porque sé tu nombre. —Mira mi cara de desconcierto y aclara—: del Indu. Me llamo Alejo, también fui al Industrial, pero un año atrás tuyo.

—Sí, sé quién sos. Eh, digo, te tengo visto...

Me sostiene la heladera para que meta la cerveza. Me sorprendo de la cantidad de botellas que hay, sobre todo en proporción con la escasez de alimentos. Un huevo, medio tomate y una lata de atún abierta.

—No deberías dejar el atún en la lata... — ¡Ah, no! ¿En serio dije eso? Listo ¿Dónde entregan los diplomas de pelotudos? Me acabo de recibir con

honoros.

Alejo larga una carcajada.

—¿Qué querés para tomar? ¿Cerveza, fernet, Campari... un Cosmo?

Ahora el que se ríe soy yo. La risa me sale mitad divertida mitad nerviosa. Alejo se está burlando con ganas, y yo no paro de darle material. Sabe que mi incomodidad es porque él es gay, y sí, debo admitir que no sé cómo tratarlo. Suena horrible y es horrible. No es que haya una forma en particular, es sólo que... bueno, tantos años de escuchar las palabras «puto», «maricón», «marica», y casi siempre seguido de un «de mierda», dejaron una huella en mí. Una huella de la que me avergüenzo e intento cambiar, sin mucho éxito hasta el momento.

—Fernet —contesto. Cuando se da vuelta para buscar la coca, largo el aire y me relajo. Alejo es un tipo copado y mi excusa para no quedarme en casa con una minita.

«No vayas para ese lado» me reprendo. No quiero pensar en por qué no puedo estar con Milena, ni con otra, para el caso. Y, sobre todo, no quiero pensar en eso cerca de Alejo, porque es algo... ¿amenazante?

Me pasa el fernet, que está buenísimo, y tomo un buen trago.

—Te pasaste —le digo —. Está perfecto.

—Y eso que no me gusta.

Lo veo servirse una cerveza en un vaso de plástico, y se gira.

—¿Qué estudiás? —me pregunta.

—Ingeniería industrial ¿vos?

—Diseño digital y espero poder hacer después la carrera de comunicación visual.

—Copado. —Cuando contesto me doy cuenta que de verdad me parece interesante. No sé por qué, no soy de los que tienen mucha idea de gráficos y esas cosas.

Lo escucho hablar de las cosas que le gustan, de los animé que mira, de los juegos en red, me muestra su compu...

—Pensé que los diseñadores eran más de la onda Mac —comento súper

embebido en la charla. Creo que hace una hora que hablamos sin parar.

—Pero soy Gammer antes que diseñador —contesta y le sonrío embobado. Debe ser que voy por el tercer fernet.

—Mostrame algún diseño copado que hayas hecho —le pido y me apoyo sobre el escritorio.

—Corré el culo —me dice Lore que está cambiando la música; pone algo para bailar. Cuando empieza a sonar reggaetón, la miro y exagero mi hastío.

—Sacá esa mierda —dice Alejo sacándome la palabra de la boca.

—Curtite, amargo —contesta en broma.

—Mínimo, si me hacés fumar esto, te subís a la mesa y perreás un poco —le dice, y Lorena ríe a carcajadas.

—¿Es un desafío? —pregunta. Antes de que Alejo replique, Lorena agarra a una de sus amigas y se sube a la mesa. Empiezan a bailar de manera sugerente, y debo admitir que, aunque jamás vaya a disfrutar de ese ritmo, las chicas lo mueven bien.

—Perdón ¿en qué estábamos? —Alejo pone toda su atención en mí, de una manera que me fascina.

—Tus diseños —le digo, la voz me suena algo ronca. Él me sonrío, y yo tengo que tragar saliva.

—Copados, de la facu, ninguno. Todavía estoy en primer año, no me hacen hacer nada interesante.

Me doy cuenta que hace ese movimiento con los hombros para remarcar lo que dice; lo lleva haciendo toda la noche, se ve que es algo muy de él. Momento ¿Estoy atento a sus gestos y modos? ¡Alarma! ¡Danger!

—Te puedo mostrar mis dibujos —agrega con timidez. Eso me dice que deben ser espectaculares. Habitualmente la gente que es buena en algo tiene esa reacción.

No me equivocaba.

—¡Wow! —le digo mientras paso las hojas—, son más que geniales.

No exagero. Tiene ese estilo algo élfico, oscuro, muy de la onda de los

juegos tipo aventura gráfica.

—¿Están hechos por compu?

—No —contesta, y me parece que se ríe. Me encanta cuando se ríe. ¿Acabo de usar la palabra «encanta»?—. La verdad es que no logro el mismo estilo en la PC. Es una mierda.

Sí, ahí viene: movimiento de hombros. Ahora, sonrisa tímida. Listo, estoy perdido. Me aprendí sus gestos en una noche.

—Eh... voy al balcón. Creo que tengo calor.

—¿Creés? —pregunta y arquea las cejas que se elevan apenas por encima de los lentes. Me doy cuenta de dos cosas, una: quedé como un pelotudo, dos: no creo que tengo calor, estoy ardiendo.

—«Tengo» calor.

Alejo me mira. Me doy cuenta que me está dando espacio. Eso quiere decir que se dio cuenta de todo, incluso de las cosas que ni yo noté sobre mí mismo esta noche. Sus ojos me muestran algo, creo que es anhelo, creo que está esperando a que lo invite conmigo al balcón. Debería no hacerlo, poner distancia, aclarar mi cabeza y pensar por qué estoy actuando de una manera tan rara. No lo hago. A pesar de que mi mente es un lío, creo que pasó una vida desde la última vez que me sentí así de bien.

—¿Venís? —lo invito sin hacer contacto visual. Simulo un gesto casual, como si no me importase si me sigue o no.

Alejo lo hace, y yo siento que se me afloja el nudo que tenía en el pecho.

Mientras camino entre la gente —no son muchos pasos, pero las sillas y las chicas bailando me obstruyen el camino—, me hago una promesa: mañana.

Mañana voy a pensar en esto, mañana me voy a preocupar, mañana voy a analizar lo que pasó, mañana me volveré a mentir hasta que me convenza.

—¿Dónde van? —pregunta Lorena, y me da la impresión que mira a Alejo con curiosidad. Me pongo colorado y tengo un repentino deseo que se caiga de la mesa.

—Fumar —contesto.

En el balcón hay dos chicos y una chica terminándose un porro. Me acomodo en el otro rincón, el que da a la ventana chiquita de la cocina. Me apoyo contra la baranda, y Alejo, contra la pared frente a mí.

Lo miro un buen rato, y él no dice nada. Tiene el pelo castaño oscuro, casi negro, y lacio; está peinado medio para adelante, haciendo que caiga algo de flequillo sobre la frente. Es un look descuidado genial, de esos «ups, me levanté y no presté atención que me veía increíblemente bien».

Alejo es del estilo nerd, con unos anteojos de media montura, su cuerpo delgado, tan élfico como sus dibujos, y unos ojos azules que son muy profundos, incluso a través del vidrio de los lentes.

—¿Alguna vez te dijeron que parecés Harry Potter?

Cuando mi pregunta sale de mi boca, me muerdo el lado interno de la mejilla para castigarme por idiota. ¡¿Qué mierda me pasa?!

Por suerte, él se ríe.

—Sí. No sólo me lo dijeron, sino que soy muy consciente de eso. Además, tengo mi varita y todo.

Me pongo rojo como un tomate. Nunca estuve tan avergonzado como ahora. Pero... Alerta spoiler, empeora.

—Me refiero a varita de verdad, me la trajo mi hermano de su luna de miel en Orlando.

¿Vieron? Ahora estoy peor. Alejo larga una carcajada tan fuerte que me hace reír con él. Sólo que yo no me divierto. Miro derredor y veo que estamos solos. Por lo menos, quienes quieran que fueran los que estaban en el balcón hace un rato no escucharon como me humillaba.

Saco mis cigarrillos y le ofrezco a Alejo.

—No, gracias —me dice, aún riendo un poco—. No fumo.

—¿No te gusta? ¿O estas en la onda healthy?

—No me gusta el sabor —aclara, y entonces, sin darme cuenta, los guardo—. Pero vos fumá tranquilo, no me jode. Además, estamos afuera...

—Pero no te gusta el sabor —le digo.

—¿Y?

—Y que entonces no te van a gustar mis besos —se me escapa antes de poder contener las palabras.

No puedo creer que lo haya dicho. Lo miro, y él tampoco parece creerlo. Tiene una expresión de extrañeza en el rostro que lo hace ver hermoso. Con las cejas algo alzadas; los ojos, azules, súper abiertos; la boca dibujando una «o»...

Lo voy a besar.

No estoy pensando en otra cosa.

No estoy pensando en nada.

Me acerco más y zas.

¿Estoy muerto? No, supongo que no. Porque siento calor en todos lados; y un picor extraño en las manos, en los pies, en los labios.

Tengo mis labios sobre los de él. No, no sobre, estoy aprisionándolos entre los míos. Es que mi boca es más grande, de labios gruesos, y la de Alejo parece pequeña bajo la mía.

Creo que nunca supe nada sobre besos. Hasta ahora. Ahora sé todo lo que hay que saber: son geniales.

Alejo sigue sorprendido, así que aprovecho la ocasión para explorarlo. Primero moviendo los labios sobre los de él, pellizcando su boca con la mía. Luego paso la lengua. Oh, sí... los besos con lengua merecen un capítulo aparte; uno que estaba cerrado en mi vida antes de esta noche. Si me hubiesen preguntado esta tarde, con Milena en mi cama, si me gustaba usar la lengua, hubiese contestado un escueto: beh.

Sepan disculpar mi error.

Pongo mi mano en su mentón y lo acaricio con el pulgar. El abre más su boca y me permite ir más profundo. Ok, este pasó a ser el mejor beso de mi vida. No hay nada mejor...

Oh, sí. Hay algo mucho mejor. Alejo acaba de dejar su estado de shock y pasa al ataque. Su lengua sale a mi encuentro, la pasa por mis labios antes de entrar en mi boca y chocar con la mía. ¡Dios! ¿Acaba de dibujar un círculo dentro de mi boca? Su mano está en mi nuca y la otra... baja... más... se detuvo. En mi espalda, justo donde me terminan las costillas. Me acerca a él, yo lo acerco a mí. Quedamos pegados. Lo sigo besando. Me falta el aire. Más juntos, más hondo, más duro. ¡Sí! Estoy sintiéndolo,

firme, latiendo dentro de sus pantalones, al ritmo que lato yo.

Gimo, el gime, su reacción vuelve a hacerme gemir, y mi respuesta despierta la de él. Perfecto, delicioso, un terrible error.

La ventana chilla, alguien viene a fumar.

Me separo, lo miro, me mira y me voy.

Simplemente me voy.

No corro porque no quiero llamar la atención, pero mi paso es más que apurado. No vuelvo la cabeza, no quiero saber si me sigue, no quiero saber qué haría yo si me siguiera.

Capítulo 3

Alejo

Tardo en reaccionar.

Salgo atrás de Damien en cuanto puedo moverme.

OMG. Me besó. Fue la noche más genial de mi puta vida. No puede terminar así. Ni siquiera le pedí el celu.

—Alejo —me interrumpe Gastón. Me dice algo, no lo escucho. Sólo escucho el ascensor cuando se cierra.

¿Está mal que quiera llorar? Es que me siento tan frustrado.

—...Con Johnny... —eso es todo lo que entendí.

—¡Qué se curta Johnny y la mierda que tengas para decir de él! —¿No pueden creer que haya dicho eso? Bueno, yo tampoco.

—¡Curtite vos, pelotudo! —replica Gastón en voz demasiado alta, se da media vuelta y se va hacia la puerta. Todas las miradas se posan en mí.

Bien. Perfecto. Ahora estoy haciendo un show con mi ex. Tomo aire y voy tras él. Por lo menos sé que Gastón huye con toda intención de ser alcanzado. No como Damien.

—¡Perdón! —le grito en el palier y lo abrazo —. Perdón —repito más calmado.

Gastón se deja abrazar. Él es así, el problema es que yo no soy así.

Gastón es un tipazo, lo conocí en una fiesta. Es de los que, al verlo, sabés que juegan para mi equipo. Es menudito, con el pelo rapado y todo el cuerpo depilado. Habla con modismo y siempre tiene una palabra de moda. Esta temporada es «adoré». La usa con todo. «Qué buen sweater, adoré», «yo también leí ese libro, adoré».

Fuimos novios un par de meses, la pasamos bien. Fue el primer chico con el que lo hice completo y fue genial. Él tiene más experiencia que yo, porque es menos problemático que yo. Es que..., bueno, yo no puedo estar con alguien si no vamos un poco serio. Me cuesta confiar. Mala

experiencia en el sexo casual.

Gastón fue con quien superé esa etapa. Él lo entendía mejor que yo, así que me ayudó. Siempre supo que íbamos a terminar, aunque creo que esperaba que yo volviera al ruedo y no lo hice.

—¿Qué mierda te pasa? —me pregunta, pero su tono no es enojado.

—Creo que cuatro meses es mi tope —respondo con humor.

—¡Me estás jodiendo! —chilla y se desprende de mí para mirarme —¿Con nadie desde que terminamos?

Me encojo de hombros.

—Si lo que buscás es que te mime un poco...

—Estás con Johnny.

—Puff, Si pudiese mamarse sólo, no estaría conmigo —me dice y me sorprende. No pensé que Gastón fuese consciente de cómo es su novio.

—¿Por qué estás con él entonces? Es un pelotudo.

—Porque a diferencia tuya, dearly, yo no puedo aguantarme cuatro jodidos meses.

Me río. Su tono gracioso esconde una cuota de tristeza. Está hasta las manos con Johnny, por mucho que intente jugarla de superado, y el tarado no quiere «compromisos».

—Bueno, que tu Johnny sea un boludo patrón, no me absuelve de haberme comportado como un forro. Sorry, dearly — exagero el tono. Sé que le hace reír.

—Todo bien. Pero espero que me digas qué pasó.

—No estoy muy seguro de qué pasó, Gastón. O sea... pensé que... primero creí...

—Ah, ahora sí. Más claro echale agua.

—Andá a cagar —le digo con una sonrisa. Me siento un poco mejor. Gastón se da cuenta de que no voy a decir nada más.

—La oferta está en pie. —Me mira con dulzura y me siento la peor mierda

del universo.

—¿Podrías tratarme mal cuando me comporto como un forro? Gracias. Porque ahora me siento peor.

Larga una carcajada.

—No da —contesto a su oferta —. No te haría algo así.

—¿Con algo así te referís a buen sexo consuelo? No me estoy quejando.

Vuelvo a negar y entonces él lo entiende. Hay alguien más. Lo que no le puedo hacer a mi amigo, a quien quiero y respeto, es acostarme esperando que sea otra persona.

Se pega la vuelta para volver a la fiesta y lo detengo.

—¿Tenés un cigarrillo?

—¿Desde cuándo fumás?

—No fumo, pero necesito uno ahora.

Busca en sus bolsillos y me da un Lucky convertible. Luego me deja solo en el palier.

Me voy a las escaleras porque, si los vecinos me encuentran fumando acá, se va a armar la grande. Me siento en un escalón, lo prendo y aprieto la cápsula de menta.

Aspiro y por primera vez en mi vida lo disfruto. Menta y tabaco, el gusto exacto de los besos de Damien.

Una hermosa tortura.